



Misericordia

Juan Pablo II llamó a este domingo de la semana de Pascua domingo de la misericordia. Le asoció la imagen de Tomás, que mete su mano en el costado abierto de Jesús. Esta palabra, misericordia, se ilumina también en tiempos de coronavirus.

Podemos preguntarnos: ¿cómo puede un Dios de misericordia permitir este sufrimiento? El hecho de que sea su corazón el que nos muestre la herida puede ya orientar la respuesta. Jesús, en el huerto, le dijo al Padre: “Tú lo puedes todo”. Era bien consciente de que la cruz era querida por el Padre, y pidió que pasara el cáliz. La oración se completa, sin embargo, diciendo: “hágase tu voluntad”. Y su voluntad era que el corazón de Jesús se abriera para salvar a los hombres, para reconducirlos a Dios.

Esto implica que la misericordia de Dios no es superficial o epidérmica. Va al centro o corazón de nuestra miseria. Quiere sanar al hombre de la herida más profunda. Y por eso su misericordia pasa por el sufrimiento, el sufrimiento del Hijo de Dios, en primer lugar. San Agustín habla en sus *Confesiones* de la “severa misericordia” de Dios, que no le permitió vivir en su pecado, sino que le persiguió e inquietó para que se acercase a la fuente de la vida.

San Buenaventura usa otra expresión que concuerda con la primera lectura de hoy. Dice el santo que la misericordia de Dios es una misericordia para generar, una misericordia que genera una nueva vida. San Pedro dice en la primera lectura que Dios, en su gran misericordia, nos regaló un nacimiento nuevo a una esperanza viva.

Es decir, la misericordia de Dios es tan grande, que no consiste en cancelar nuestro sufrimiento y olvidar nuestra culpa. Sino que es una misericordia que nos toma en serio, que quiere regenerar nuestra capacidad de hacer el bien. No nos dice: eres tan miserable que no puedes nada, y por tanto no tendré en cuenta tus malas acciones. Sino que nos dice: eres mi hijo y por tanto tienes suficiente nobleza para que tu corazón cambie, para que seas capaz de hacer el bien.

Santo Tomás de Aquino decía, por su parte, que Dios nos pide que perdonemos a los enemigos, pero que el mismo Dios perdona solo a quien se arrepiente. ¿Tiene él entonces menos misericordia? Y respondía: al revés, Él pide que nos arrepintamos, precisamente porque tiene la fuerza para cambiar nuestro corazón, de modo que cuando Él perdona, su perdón nos transforma y nos renueva. Esto es misericordia.

Esta misericordia que regenera no rehúye el sufrimiento. Tomás fue invitado a meter la mano en un corazón que se había abierto por nosotros, y a poner su mano en la herida de los clavos. Es una invitación a sufrir por Cristo. San Agustín decía que los discípulos vieron a Cristo resucitado, y creyeron en la expansión de su cuerpo, la Iglesia. Vieron las heridas gloriosas de Cristo, y no vieron las heridas gloriosas que los cristianos asumirían gracias a Cristo. Nosotros, sin embargo, que no hemos visto a Cristo resucitado, vemos el sufrimiento ofrecido de la Iglesia, un sufrimiento transformado en amor. Con san Agustín podemos decir: los discípulos vieron a la cabeza, y creyeron en el cuerpo. Nosotros, que vemos el cuerpo, ¡creamos en la cabeza! Viendo a la Iglesia ofrecer con esperanza su dolor, creamos en Cristo, fuente de toda esperanza. Y citemos de nuevo a san Pedro: su misericordia ha consistido precisamente en regenerarnos para una esperanza viva.